

Los jóvenes como actores colectivos: organizaciones y movilización



SANDRA SOUTO KUSTRÍN

Instituto de Historia (CSIC)*

Jóvenes y organizaciones juveniles

En el amplio marco de los diferentes mayos de 1968, de los que este año se ha celebrado su 50 aniversario, se desarrollaron estudios sobre la juventud y su organización, que mayoritariamente defendían la idea de que ésta solo había adquirido importancia a partir de la Segunda Guerra Mundial, mientras que algunos estudios historiográficos han analizado a los jóvenes por consideraciones de edad desde la Antigüedad o han hablado de movimientos y grupos juveniles ya en la Edad Moderna.

Sin embargo, las definiciones de juventud deben de incluir, además de contenidos biológicos (de edad), también otros psicológicos y culturales, y la conformación de la juventud como grupo social y, por tanto, como posible actor colectivo, fue un proceso histórico y cultural que se inició en Europa entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y que se puede dar por completado, obviamente no sin matizaciones, en el primer tercio del siglo XX. Así, aunque ha habido siempre individuos adolescentes en el sentido biológico del término, solo se puede hablar de juventud como grupo social con el desarrollo de lo que se llama convencionalmente Edad Contemporánea. Incluso en una fecha tan reciente como 1997 se podía decir que «para una gran proporción de la población joven mundial la idea de juventud como un estadio universal de desarrollo era y sigue siendo un concepto inapropiado» (Win y White, p. 10).

Especialmente desde el Bajo Imperio Romano se desarrollaron esquemas o modelos sobre las «edades del hombre», pero éstos tenían escasas consecuencias prácticas en el orden e institucionalización de la sociedad. Es más, la terminología utilizada para definir a los grupos de edad y la distinción entre infancia y juventud eran diferentes de las actuales. Los niños comenzaban a trabajar desde muy pequeños como criados o aprendices. La «adolescencia» llegaba hasta los 21-28 años según los

* Este trabajo ha sido posible gracias al proyecto CSIC 201510I026, Hacia una historia comparada de la juventud en la Edad Contemporánea y al proyecto HAR2015-65115-P, La violencia política de 1936 y el 18 de julio como punto de ruptura. Un análisis micro.

distintos esquemas y la «juventud» se alargaba hasta los 40-50 (Ariès, 1987, 41-44). Y, en algunos países, estas distinciones se podían hacer únicamente si se hablaba en latín: por lo menos hasta el siglo XVI en francés sólo existían términos para referirse a la infancia, la juventud y la vejez (Ariès, p. 46), y algo parecido sucedía en Gran Bretaña (Davis, 1990, 29-30). Es decir, las sociedades preindustrializadas no establecían una clara distinción entre la infancia y otras fases de la vida preadulta.

Esto no significa que estas sociedades ignorasen totalmente el «fenómeno juvenil». Hubo algunas que dispusieron de instituciones sólidas de encuadramiento de los jóvenes, o de ritos de paso a la edad adulta, como el reconocimiento del acceso a una clase guerrera a los hombres jóvenes o la presentación en sociedad de las jóvenes solteras. Ya en la Edad Media y en la Edad Moderna, en universidades y gremios se realizaban declaraciones simbólicas de madurez. Sin embargo, la educación sólo tuvo importancia para una minoría de hombres de clases altas y el paso de aprendiz a oficial daba a los jóvenes trabajadores cierta movilidad a escala local, pero no implicaba ni independencia ni posibilidad de movilidad social. En las sociedades precapitalistas solo entre las clases altas se puede encontrar algo parecido a la noción moderna de juventud.

Muchas de las «marcas» que fijan las fronteras contemporáneas entre niños, jóvenes y adultos y las instituciones que delimitaron y delimitan al sector juvenil no existían o estaban organizadas de forma diferente e incluían a sectores mucho más limitados de población, tanto por edad como por origen social, antes de lo que llamamos modernidad. Esto dificultaba la definición de características propias de una edad juvenil y, por tanto, la configuración de una identidad propia y la organización y actuación de forma independiente de la juventud.

De ahí que consideremos que no se puede hablar de movimientos juveniles premodernos, aunque, especialmente durante el Antiguo Régimen existieron grupos organizados por edad y, en algunos casos, con algunas funciones similares a las que tendrían posteriormente los movimientos juveniles. Un ejemplo son los grupos juveniles masculinos existentes en la Francia rural del siglo XVI, que ha estudiado Natalie Zemon Davis, y su papel organizado en festivales populares como los carnavales y, especialmente, los charivaris o cencerradas, rondas nocturnas de serenatas hechas por hombres jóvenes, normalmente con tonos burlescos, que hacían frente a cualquiera que «incumpliera» las normas de la comunidad: con instrumentos disonantes, como cencerros o cuernos, se sancionaban a través de la burla costumbres rechazadas por la sociedad, se defendía la virginidad de las mujeres y se castigaban lo que se consideraban faltas de los adultos en una forma que llegó hasta a estar muy regulada. A pesar de defender la existencia de la juventud en el periodo que analiza, Davis reconoce que las expectativas de los jóvenes que conformaban estos grupos no eran diferentes a las de los adultos y que no se estimulaba que exploraran identidades alternativas (Davis, 1971, 55), y destaca la distinción de la adolescencia como periodo de «maduración sexual» o pubertad (Davis, 1971, 61). Pero ésta

es un hecho que no marca un punto crucial de la misma importancia en todos los momentos históricos y en todas las sociedades e, incluso, fisiológicamente sus «tiempos» y efectos han variado en función de condiciones históricas, económicas, sociales y culturales (Mitterauer y Sieder, 1982, 95).

Con los cambios provocados por la modernización y el desarrollo del Estado liberal, el adolescente y el joven se hallaron expuestos a una multitud de influencias competitivas y opuestas a los modelos de socialización de la comunidad local tradicional, que eran básicamente uniformes y que daban lugar a una serie relativamente rígida de actitudes, normas, ideas y hasta expectativas. Se introdujo paulatinamente una mayor movilidad profesional y geográfica y una mayor independencia de los jóvenes en relación con el acceso a una casa o a un mercado de consumo, la configuración de un estilo de vida propio o una elección matrimonial independiente de la riqueza o de las propiedades, al igual que se crearon espacios específicos para los jóvenes, en primer lugar, en los núcleos urbanos (Wallace y Kovatcheva, 1998, 11, Mitterauer, 1992, 30).

Entre estos cambios destacan la concentración de la población en las ciudades, la regulación del acceso al mercado laboral y de las condiciones de trabajo de niños y adolescentes, el establecimiento de un periodo de educación obligatoria que se fue ampliando con el paso del tiempo y que se hizo cada vez más importante para el acceso al trabajo y el ascenso social, la formación de «ejércitos nacionales» a través del servicio militar obligatorio, la regulación del derecho de voto, la creación de sistemas judiciales específicos para los jóvenes delincuentes, o los diversos cambios culturales provocados por la modernización, entre ellos, el desarrollo del ocio comercial que se dirigió principalmente hacia los jóvenes y dio lugar a grandes ansiedades sociales por la supuesta degradación moral de la juventud que provocaban. (Souto Kustrín, 2007a, pp. 171-175, y 2018). Aunque algunas instituciones –como el ejército o la escuela– no eran nuevas, sí lo era su extensión a todos los estratos sociales y/o su forma de organización como muestra la extensión del servicio militar en toda Europa después de la guerra franco-prusiana de 1870.

Este proceso tuvo diferente ritmo y cronología en los distintos países occidentales. Hubo también importantes diferencias entre el mundo rural y el urbano, entre las diferentes clases sociales y entre los géneros y etnias o razas. La juventud surgió en primer lugar como un fenómeno urbano, de clases medias y altas y masculino. Hasta el siglo XIX se mantuvieron en el mundo rural relaciones y grupos juveniles tradicionales de carácter parroquial-local –en los que la Iglesia desempeñaba un papel importante–; entre las capas populares el paso al mundo laboral se hacía desde niños –basta recordar lo tardío de la legislación que limitaba el trabajo infantil en España–; los conceptos relacionados con los grupos de edad eran distintos según los sexos; mientras que en Estados Unidos destacaba la diferente situación que vivían (y viven) los jóvenes afroamericanos. Algunos investigadores, incluso, consideran que la juventud fue «impuesta a la clase obrera.

Se ha destacado el papel de los jóvenes por consideraciones de edad en diferentes procesos históricos, desde la revolución francesa a la de 1848 en Austria. Existieron también algunos movimientos –como la «Joven Italia», la «Joven Alemania» o los «Jóvenes Turcos»– que hacían referencia más a la idea de una nueva nación que al hecho de que fuera la gente joven la que estuviera construyéndola. Es significativo, también, que en el siglo XIX el término «joven», en muchos casos, fuera aplicado a algunos movimientos por sus oponentes como descalificativo, indicando inmadurez y falta de responsabilidad (Colton, 1992, 4 y Koralka, 1992, 218).

Sin embargo, con el desarrollo de la Edad Contemporánea los grupos y asociaciones juveniles adquirieron autonomía y se ampliaron socialmente, incluyendo a todas las clases sociales, a las mujeres jóvenes y a los adolescentes. Este proceso se vio favorecido por la concentración de jóvenes en grandes núcleos urbanos, en instituciones como centros educativos, fábricas o cuarteles. La juventud dejó de tener como «función» transmitir los valores preponderantes en la sociedad, como hacían los grupos de jóvenes del Antiguo Régimen, para poder también defender o resistir cambios sociales, en sentido amplio, o ser la punta de lanza de los cambios propuestos por distintas organizaciones de adultos, llegando a convertirse en heraldos de clases u organizaciones (Bauberot, 2007, 22-24 y 42).

El desarrollo de organizaciones y movimientos juveniles propiamente dichos se inició a principios del siglo XIX en los países europeos más desarrollados. Los primeros movimientos juveniles independientes surgieron en el ámbito de la enseñanza superior: por ejemplo, en Alemania se empezaron a crear organizaciones estudiantiles universitarias a principios del siglo XIX, tras las guerras napoleónicas. En Francia, la primera tentativa estudiantil asociativa conocida se remonta a 1828, pero la legislación francesa mantuvo limitaciones especiales para el asociacionismo estudiantil hasta 1883 (Moulinier, 2002, 164-165).

En muchos casos estas asociaciones de estudiantes estuvieron en el origen de la movilización política juvenil y de movimientos de protesta más amplios. Tanto el origen de los movimientos juveniles independientes entre los estudiantes como el importante papel de éstos en la movilización juvenil más general se deben, en primer lugar, al carácter desigual del desarrollo de la juventud como grupo social, a condiciones estructurales, como la concentración de jóvenes en los centros educativos –lo que facilita la difusión de ideas y la organización–, y a la mayor libertad de que disfrutaban de las tutelas familiares. Por su educación, además, los estudiantes están más preparados para entender sistemas ideológicos abstractos y pueden ser más receptivos a las ideologías entendidas en sentido amplio. Pueden también llegar a considerarse una élite intelectual que debe inspirar la regeneración de la sociedad o los cambios, sean del orden que sean, que se considere que esta requiere. Y, en sus orígenes, en una universidad muy elitista, la protesta estudiantil era difícil de tratar por parte de gobiernos y fuerzas de orden público: el estudiantado pertenecía «casi en exclusiva a los estamentos pudientes de la sociedad», que se enfrentaba a la

protesta de «sus hijos», por lo que podía reaccionar con menos dureza que contra otros movimientos de protesta, como el obrero, lo que facilitaba la movilización estudiantil. Sin embargo, el carácter transitorio de la permanencia en la universidad dificulta a los estudiantes mantener sus asociaciones a largo plazo o tener un equipo dirigente duradero.

A partir del siglo XIX, con el objetivo de crear una juventud «respetable», se formaron organizaciones juveniles patrocinadas por los adultos en distintos países de Europa. Entre las primeras instituciones en crear organizaciones juveniles se encontraron las diferentes confesiones religiosas, especialmente la Iglesia católica, cuyos patronatos juveniles y obras educativas-catequizadoras tienen una larga historia en países como Francia o España, y que buscó dar a los grupos parroquiales y locales existentes un carácter nacional. En España estas organizaciones no adquirirían un gran desarrollo: aunque en 1870, al crearse la Asociación Católica en España, se creó una Juventud Católica, esta solo tenía 12 000 afiliados en 1932 (Fullana y Montero, 2003-2004, 35 y 41). Por el contrario, en Francia, a partir de la Asociación Católica de la Juventud Francesa –formada en 1886– e, influenciados por la Juventud Obrera Católica belga, surgieron en la década de los años veinte del siglo XX, la Juventud Obrera, la Juventud Agrícola, la Juventud Estudiante y la Juventud Independiente Católicas, seguidas por sus equivalentes organizaciones femeninas (Crubellier, 1979, 317-318, ACJE, 1964, 11-36, Pierrard, Launay y Treppe, 1984, 25-90). En vísperas de la Segunda Guerra Mundial casi el 15% de los jóvenes franceses estaban afiliados a movimientos católicos (Chaline, Demier y Le Beguec, 1992, 103).

En el ámbito protestante, especialmente el anglosajón, esta juventud «respetable» se intentó conformar a través de organizaciones uniformadas como la Boy's Brigade, fundada en 1883 (Springhall, Fraser y Hoare, 1983), y, con aún mayor éxito, los Boy-Scouts, creados por el general Robert Baden-Powell en 1908. Estas organizaciones transmitían valores y actitudes conformistas y conservadores en materia de religión, moral y política, y defendían y educaban a las chicas para desarrollar las funciones sociales tradicionales de la mujer (Rosenthal, 1986, Springhall, 1971 y 1987). Aunque se definían como no clasistas, los hijos de los sectores más pobres de la población normalmente trabajaban y tenían menos tiempo libre, pero también menos dinero para los uniformes y/o las excursiones y viajes que realizaban. Por eso, estas organizaciones atrajeron, sobre todo, además de a las clases medias, a los trabajadores cualificados, que estaban dispuestos a ajustar a sus hijos a los modelos de adolescencia de la clase media para que ascendieran en la escala social.

Los scouts surgieron en España con menos «retraso» con respecto a otros países europeos, pero tampoco alcanzaron el desarrollo logrado en algunos de estos, como el Reino Unido o Francia. En 1912 surgieron en Cataluña los Exploradores Barceloneses, en 1913 el Partido Republicano Radical, creo, con menos éxito aún, los scouts radicales. En 1914 se formó la Asociación de Exploradores de España, de

ámbito nacional, por iniciativa de militares y exmilitares y con el placet del rey Alfonso XIII, que decía contar a finales de dicho año con 18 024 miembros (Samperi y Triedu, 1987, 70 y 102-103, y Sáez Marín, 1988, 39-40).

Las primeras organizaciones juveniles obreras surgieron, en gran parte, de forma autónoma e independiente de los partidos existentes y por el agrupamiento de los propios jóvenes por sus derechos, no por la decisión de sus respectivas organizaciones de adultos ya que el movimiento obrero no había tenido en cuenta la problemática específicamente juvenil. Las organizaciones juveniles socialistas surgieron en casi todos los países europeos, incluido España, por iniciativa de los propios jóvenes, no por las de sus partidos, que pronto buscaron limitar la autonomía juvenil: debían dedicarse a actividades culturales y educativas y no intervenir en los debates políticos, lo que posponía la llegada a la vida adulta a unos jóvenes que en muchos casos empezaban a trabajar en torno a los 14 años. Esto produjo conflictos y tensiones en prácticamente todas las organizaciones y en el ámbito internacional desde la creación del bureau internacional juvenil socialista en 1907 (Souto Kustrín, 2007b).

Los jóvenes en el periodo de entreguerras

La juventud no había sido ajena a la política antes de la Primera Guerra Mundial, pero tras la Gran Guerra su participación alcanzó el carácter propio de la nueva sociedad de masas, dando lugar a lo que probablemente sea la primera gran oleada de movilización juvenil (Souto Kustrín, 2004a). Esta movilización fue claramente percibida por los contemporáneos. En *Religión y Cultura*, revista de los padres agustinos —que tenían su sede en el simbólico Monasterio de El Escorial—, se reconocía en 1929 que «antes se tenía de la juventud un concepto peyorativo», pero que en esos momentos «la juventud triunfa y se acapara la simpatía y la atención de las gentes; [...] se siente creadora, autóctona, definida; tiene hoy intervenciones en la vida pública como no las tuvo nunca». En 1935, el que había sido el fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas, Ramiro Ledesma Ramos, escribió que «el paso al frente de las juventudes es una orden del día (sic) incluso mundial. Están siendo [...] en todas partes el sujeto histórico de las subversiones victoriosas» (Ledesma Ramos, 1968, p. 265). Un estudio sobre la juventud en diferentes países del mundo patrocinado y publicado por el gobierno de Estados Unidos en 1937 se justificaba porque «el mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes» (Winslow, 1937, xi). Y ya en 1938, se dijo metafóricamente en una revista académica que la juventud era un instrumento en manos de «dioses» furiosos (Kunzer, 1938, 350).

Es un lugar común decir que la Gran Guerra creó una «nueva generación» en Europa. El mismo concepto de generación se popularizó a partir del final del conflicto bélico, probablemente porque muchos países se vieron afectados por los importantes efectos de que generaciones enteras —en el sentido de grupos de edad— quedaran

diezmadas a causa del conflicto bélico: fue tras éste que en Alemania la idea de generación se equiparó a la de juventud (Galland, 2007, 104). La conflagración mundial tuvo una mayor influencia entre los jóvenes y no solo, ni principalmente, porque éstos están en una etapa formativa de su desarrollo. La guerra bloqueó o debilitó los elementos principales de socialización de los jóvenes: las familias se desintegraron, desapareció o quedó seriamente debilitada toda una generación de adultos y muchos niños y jóvenes se quedaron huérfanos y asumieron responsabilidades que antes no tenían, al igual que los jóvenes cuyos padres estaban en el frente, los sistemas educativos de muchos países se desorganizaron y desaparecieron los restos de las sociedades tradicionales en muchas zonas rurales. Las llamadas a filas de los hombres hicieron que muchas mujeres y chicas jóvenes asumieran mayores funciones en la familia y realizaran trabajos considerados hasta entonces «masculinos». La guerra supuso, así, un aumento de la autonomía de los y las jóvenes para la que en muchos aspectos no hubo vuelta atrás (Bianchi y Fincardi, 2001, 16-17).

Los jóvenes empezaron a ser vistos no sólo como la gente con problemas necesitada de ayuda o protección, sino también como una fuerza de renovación y regeneración: la que «proporcionaría el ímpetu para los cambios, revolucionarios o no», que el país necesitaba, como se pensaba en Francia (Coutrot, 1970, p. 27).

La historia de los jóvenes en el periodo de entreguerras se puede resumir diciendo, aunque se caiga en cierta simplificación, que los años veinte fueron años de escaso compromiso político, aunque sí de compromiso pacifista. Es la edad dorada de la bohemia, del jazz y de las flappers girls: las jóvenes que, con falda corta, pelo corto y maquillaje, empezaron a revolucionar la moral de la época bailando, fumando, bebiendo y relacionándose con jóvenes del sexo opuesto en cines, clubes de jazz y fiestas. Los años treinta, por el contrario, fueron años de politización creciente de los movimientos juveniles de todo tipo y de consolidación de las organizaciones juveniles de partido. Se produjo así en toda Europa una creciente politización de los jóvenes, un crecimiento de las organizaciones juveniles y de su autonomía, y la juventud jugó un papel destacado, e incluso protagonista, en la conflictividad social y política del periodo y en el desarrollo de nuevos movimientos políticos, como el comunismo, el fascismo o el nazismo. La actividad juvenil no se limitó a una minoría de privilegiados, sino que se extendió a buena parte de la juventud de clase media y clase obrera urbana y rural.

Algunas de las organizaciones juveniles que tuvieron más influencia en el periodo de entreguerras, como los Boy-Scouts o las juventudes socialistas, existían con anterioridad al conflicto bélico, pero alcanzaron con posterioridad a él su mayor desarrollo e influencia. El avance de los medios de comunicación y transporte y de las relaciones entre los diferentes países hicieron cobrar importancia a los contactos internacionales y dieron lugar a influencias recíprocas entre las organizaciones juveniles de diferentes países –como muestra la influencia de la JOC belga en la creación de otros organismos similares– y a un gran desarrollo de los organismos

internacionales juveniles. También algunos de ellos existían con anterioridad al conflicto bélico, como la Internacional Juvenil Socialista o la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos, pero alcanzaron su mayor desarrollo en el periodo de entreguerras. Fue también en el periodo de entreguerras cuando se sentaron las bases de las organizaciones estudiantiles internacionales. En 1919 se formó la Confederación Internacional de Estudiantes (la CIE), que se expandió hasta incluir no sólo a los países europeos sino también a algunos latinoamericanos, como México y Brasil. Centrada en cuestiones específicamente estudiantiles, en 1937 representaba a 42 uniones nacionales y era reconocida por la Sociedad de Naciones como la organización internacional estudiantil «oficial» (Altbach, 1970b, 158-160). Su carácter «apolítico» llevó al desarrollo de organizaciones estudiantiles vinculadas a diferentes opciones ideológicas. En 1926 se formó la Federación Internacional de Estudiantes Socialistas, que durante la guerra civil española se unió al Secretariado Internacional de Estudiantes Comunistas en la llamada Alianza Internacional de Estudiantes por el Socialismo (Souto Kustrín, 2007b, 127).

Pero también se desarrollaron una plétora de organismos internacionales que apenas han sido estudiados: por ejemplo, habría una Unión Mundial de la Juventud Judía, católica o una Federación de Mujeres Universitarias Católicas, mientras que los boy-scouts celebraron a partir de 1920 campamentos internacionales casi anuales –las llamadas jamborées (Harang, 2002)–. En los años treinta los movimientos juveniles empezaron a sobrepasar los límites del mundo occidental y tanto en la India como en China y Japón se crearon organizaciones nacionales de estudiantes.

Se hizo patente también un creciente interés de los grupos políticos por la juventud y la programación sistemática de actuaciones dirigidas a captar a los sectores juveniles de la población. Ya había habido llamamientos políticos a la juventud con anterioridad (Kropotkin, 1907 (or. 1884), Jaurès, 1944 (or. 1903), pero durante el periodo de entreguerras, y especialmente en los años treinta, las publicaciones y discursos dirigidos a los jóvenes se multiplicaron y fueron realizados prácticamente desde todo el espectro político. Estos llamamientos a la juventud se basaban en gran medida en la idea de que era relativamente más fácil asegurarse su apoyo que el de los adultos ya que no estaba contaminada por los errores del pasado, tenía una especie de «virginidad» intelectual y política. No estaba «deformada» porque no estaba formada y era susceptible de recibir una formación ideológica clara, como se refleja tanto en los llamamientos a los jóvenes del Partido Laborista inglés en los años 30 a los intentos de organizar a la juventud en la Francia de Vichy siguiendo el modelo de la Juventud Hitleriana (Webb, 1935, 1 y 2, Albertini, 1943, 13).

Quienes movilizaron de forma más efectiva a los jóvenes fueron los movimientos comunistas y fascistas, que identificaban claramente a la juventud con el cambio social. Se ha llegado a decir que «sin la aportación juvenil, ni el fascismo ni el comunismo hubieran podido «llegar a ser lo que fueron, ni ejercer la influencia determinante que ejercieron» (Alba, 1979, p. 117). Ya en 1934 la Juventud Socialista

española había destacado que el fascismo y el bolchevismo habían tenido como base la juventud, «que les abrió camino, que los alienta, que los estudia y que tiene fe en ellos»; mientras que un estudio publicado en una revista académica norteamericana destacaba el papel de los jóvenes en la caída del zarismo en Rusia y en la subida del nazismo al poder en Alemania (Miller, 1936, 252), y, en el mismo país, otro artículo publicado poco antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial insistía en el papel de los jóvenes en los movimientos fascistas y comunistas en general (Neumann, 1939).

Esto no quiere decir que los partidos políticos e instituciones tradicionales no intentaran atraer a la juventud, aunque no fueran capaces de hacerlo en la misma medida, como refleja el crecimiento de los diferentes grupos scouts y de las organizaciones católicas francesas o el carácter político que adquirió, por ejemplo, el escultismo católico francés. Así, se ha destacado el desarrollo de movimientos juveniles y su importancia en el periodo de entreguerras en países tan variados como Dinamarca, Holanda, Hungría o Checoslovaquia (Colton *et alii*, 1992).

En España, aunque ya a comienzos del siglo XX se desarrollaron formaciones juveniles vinculadas a diferentes tendencias políticas, la proclamación de la Segunda República en 1931, con su correlato de modernización social y democratización política, impulsó la creación y/o el desarrollo de nuevas organizaciones de masas y de organizaciones específicamente juveniles vinculadas a los distintos partidos, que se dotaron de programas de reivindicaciones y objetivos específicamente juveniles, pero también de organizaciones estudiantiles con diferentes simpatías políticas (González Calleja y Souto Kustrín, 2007).

Especialmente en los años treinta, la juventud «publicitó» su lealtad a través de uniformes, banderas y pancartas. La movilización juvenil adquirió un carácter de masas, con grandes actos públicos, marchas, canciones, entierros de camaradas muertos, saludos, gritos rituales, etc. Estos elementos fueron característicos de todos los movimientos juveniles, desde los scouts a las organizaciones juveniles de casi todas las tendencias políticas, pasando por las organizaciones católicas; y fueron también característicos de todos los países europeos, desde los fascistas, donde los jóvenes fueron encuadrados desde arriba por el Estado, a la Unión Soviética, pasando por Francia, donde fue común entre las ligas de extrema derecha y en la extrema izquierda, o Dinamarca.

Aunque en algunos casos la uniformización no llevó a una actuación propiamente paramilitarizada, los jóvenes jugaron un papel fundamental en las milicias de partidos que se extendieron por Europa y que dieron lugar a enfrentamientos entre grupos de jóvenes política e ideológicamente opuestos. Se han destacado los continuos conflictos entre jóvenes nazis y comunistas en Alemania, pero también fue importante la participación de la juventud en la Milicia Socialista Austríaca, la Schutzbund o Cuerpo de Defensa Republicano, y en la insurrección vienesa de febrero de 1934, en la conflictividad social y política violenta en Madrid y en otros

lugares de España en los años 30 y hasta en los enfrentamientos entre fascistas y antifascistas en las grandes ciudades británicas (Souto Kustrín, 2017).

El uniforme era la conexión con la reciente experiencia de la guerra mundial, y ofrecía a los que no la habían vivido una experiencia indirecta de tipo militar, pero era, sobre todo, un símbolo de identidad. El componente paramilitar que se correspondía con su uso favoreció valores como la dureza, la disciplina y la camaradería, además de la dominación masculina. Así, es significativo que, en muchos casos, en estas milicias políticas se planteara explícitamente usar a las mujeres para «trabajos fáciles», como el traslado de armas o el establecimiento de contacto entre diferentes sectores de la organización, es decir, como enlaces (Mosse, 1998, 119-132, Souto Kustrín, 2004b, 222).

El recurso a la movilización violenta afectó a todos los países, hasta a los no beligerantes en la Primera Guerra Mundial, como España. Pero hay que rechazar la idea de que esta violencia juvenil fuera producto de una cultura desviada o expresión de frustraciones personales de individuos con propensión a la violencia. Influyeron las repercusiones de la Primera Guerra Mundial, que hicieron que la violencia política fuera vista como algo normal; el desarrollo de ideologías que veían la violencia como una forma más de actuación política, dando lugar a una cultura que apoyaba valores violentos y agresivos, la dificultad de reincorporación a la vida civil de los excombatientes, incrementada por la crisis de posguerra y la posterior depresión de 1929, que hicieron que sectores importantes de la sociedad quedaran al margen de la vida civil; la independencia de una joven generación para la que la guerra –hubieran o no participado en ella– había supuesto la consecución de una mayor autonomía que no se correspondía con un mayor acceso al poder político en los regímenes liberales de posguerra, y que sería la más afectada por la crisis económica, o la crisis del sistema liberal y la ruptura de los valores y de las lealtades políticas tradicionales ante el sentimiento de que los mayores habían «fracasado» y les habían «fallado», como parecía haber demostrado la Primera Guerra Mundial y como parecían confirmar la evolución económica y política del periodo.

Esto llevó a que muchas organizaciones juveniles, y muchos jóvenes en general, mantuvieron una actitud «poco respetuosa» hacia los adultos y buscaron nuevos caminos y soluciones, lo que influyó en otra característica distintiva de las organizaciones juveniles políticas durante el periodo de entreguerras que fue su carácter más radical frente a las organizaciones partidistas respectivas, el aumento de su autonomía frente a ellas y su propensión a intentar imponer sus posiciones a los partidos respectivos en la búsqueda de nuevos caminos y soluciones. Así, los conflictos entre partidos y organizaciones juveniles fueron comunes en países diversos y en sectores políticos variados, desde Checoslovaquia a Francia, y desde la organización juvenil del Partido Radical francés a las Juventudes de Acción Popular (JAP), la organización juvenil de la Confederación Española de Derechas Autónomas (Souto Kustrín, 2016).

General fue también en Europa la mayor radicalidad de las organizaciones juveniles socialistas frente a sus respectivos partidos, lo que las llevó a sentirse atraídas por la URSS y el modelo comunista y por sus organizaciones, a pesar de ser los años treinta el momento del inicio de las purgas estalinistas. Esto favoreció diferentes procesos de unidad de acción con las organizaciones juveniles comunistas a pesar de la posición de sus respectivos partidos y de la dirección de la Internacional Juvenil Socialista. En este proceso influyeron las características socio-políticas del periodo, que tuvieron su culminación en la incapacidad de los partidos socialistas de hacer frente a los movimientos fascistas, con la subida de Hitler al poder en enero de 1933, que supuso el fracaso de uno de los modelos por excelencia de la socialdemocracia europea, el Partido Socialdemócrata Alemán, y la derrota del otro gran partido socialdemócrata de la Europa de entreguerras, el Partido Socialdemócrata Obrero Austríaco. Por ejemplo, el dirigente de la Juventud Socialista francesa René Dumon planteó, en junio de 1934, que «los viejos partidos han fallado y la generación joven no puede fácilmente estar de acuerdo en permanecer prisioneros de fórmulas que han mostrado ser inefectivas en la defensa del proletariado contra el fascismo» (Horn, 1996, 123). Pero fue también muy importante la tradicional política paternalista socialista hacia sus organizaciones juveniles, que contrastaba demasiado con un mundo en el que los jóvenes cobraban cada vez más importancia como grupo social diferenciado y tanto los movimientos fascistas como los comunistas reivindicaban su participación activa y estos últimos desarrollaron desde su surgimiento una política de reivindicaciones netamente juveniles, como recordaría años más tarde una joven dirigente de la Guild of Youth británica –organización juvenil del Partido Laborista Independiente–, uno de los grupos fundadores del Partido Laborista, que en los años 30 se separaría de éste (McCarthy, 1953, 75 y 77-78), o se plantea sobre las organizaciones francesas, en las cuales se habla de «libertad vigilada» de la Juventud Comunista, que era «llamada al orden» cuando el partido creía que abusaba de su autonomía, destacando que su programa de acción tenía muchos ejes centrados en los problemas de los jóvenes (Tétard, 1986, 185).

La Federación de Juventudes Socialistas de España (FJS) es un ejemplo casi paradigmático de esta evolución, pero no se puede dejar de destacar que no fue, ni mucho menos, excepcional en la Europa de entreguerras ni en su mayor radicalidad frente al PSOE, ni en su intento de influir en las políticas de éste y su participación activa en sus luchas internas, su papel en la conflictividad política violenta o en la organización de milicias políticas, o su acercamiento a las juventudes comunistas. Este acercamiento llevaría a la firma, en marzo de 1936, de unas bases de unificación que darían lugar, ya durante la guerra civil a la formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), en un proceso bastante más complejo de lo que se ha considerado tradicionalmente y que no se produjo sin tensiones y conflictos importantes entre ambas organizaciones. Y aunque menos común, esta unificación tampoco fue única en Europa, como muestra la formación de las Jóvenes Guardias

Socialistas Unificadas Belgas, en el país en que se había formado la primera organización juvenil socialista, o la desaparición de la misma Labour League of Youth británica a finales de los años 30, con la incorporación de la mayoría de sus dirigentes y un número indeterminado de militantes a la juventud comunista (Souto Kustrín, 2013, 95-169, y 2007b, 121 y 125).

Esta evolución de la FJS también pone en entredicho las definiciones de movimientos juveniles surgidas en los años 60 y 70 del siglo XX. Se tendió a distinguir entre los movimientos juveniles creados, organizados y dirigidos por los adultos y las organizaciones para gente joven creadas, organizadas y dirigidas por los mismos jóvenes, definiendo como movimientos juveniles sólo a estos últimos y cuando buscaban cambios políticos y sociales radicales a través de la reforma y, especialmente, de la revolución. Incluso se parafraseó a Marx y se habló de «juventud en sí» y «juventud para sí», distinguiendo jóvenes y organizaciones juveniles que proporcionan la vanguardia a movimientos más amplios y movimientos independientes (Abrams, 1970, 186-187). También se identificó a los movimientos juveniles con aquellos que se oponen explícitamente a la generación mayor, frente a lo que se llamaban grupos de edad institucionalizados, organizaciones de tutelaje de la juventud y organizaciones de partido (Holzner, 1962, 49).

Sin embargo, la relación de una organización juvenil con los adultos, incluso en los casos en que existe una teórica relación de «dependencia» -el ejemplo paradigmático son las organizaciones juveniles de los partidos políticos- puede pasar por diferentes situaciones, al igual que pueden variar sus posiciones hacia la sociedad y el Estado en que vive. Este último aspecto se refleja también en la evolución de las posiciones de los dirigentes de la JSU procedentes de la FJS en las duras condiciones en que la República tuvo que hacer frente a la guerra civil que convirtieron a la organización juvenil en uno de los mayores defensores de la política frentepopulista de amplia alianza antifascista y de la República democrática y sus gobiernos. Se puede decir, por tanto, que la organización defendió el orden social existente. Incluso, «siguiendo», por decirlo de alguna forma, a su partido respectivo, una misma organización puede actuar de diferente forma a lo largo del tiempo: por ejemplo, se puede contraponer el revolucionarismo verbal y el activismo callejero de la Juventud Hitleriana antes de la subida de los nazis al poder, con su burocratización y estatalización después 1933 y, especialmente, tras su institucionalización y oficialización como organización juvenil del régimen nazi en 1936. (Kater, 2004).

Por tanto, los movimientos juveniles pueden surgir de forma deliberada o espontánea y tanto por iniciativa de los propios jóvenes, como por iniciativa de los adultos, y pueden no sólo defender el cambio social, sino hacerle frente y/o ayudar a integrar a la juventud en la sociedad y el estado.

Las ciencias sociales ante la movilización de la juventud

El desarrollo de la «problemática juvenil» y la organización y movilización de la juventud hicieron que se desarrollaran estudios académicos sobre la juventud desde finales del siglo XIX y, especialmente, en el periodo de entreguerras. Así, surgieron las primeras teorías que intentaban explicar la adolescencia y/o la juventud: el concepto de adolescencia se había empezado a establecer en el ámbito académico desde la psicología, a partir del libro de G. Stanley Hall (1904) y la psicología de la adolescencia fue analizada por Spranger a finales de los años 20 (1966, or. 1929), cuando se elaboraron también las primeras aproximaciones sociológicas (Mead, 1928, Thrasher, 1927). A finales de esa década y principios de la siguiente surgieron las principales teorías generacionales (Mannheim, 1993, or. 1928), y Ortega y Gasset (1965, basado en un curso dado en la Universidad de Madrid en 1933). Ya en 1934, la Asociación de Sociología de Estados Unidos organizó una conferencia para analizar la investigación sobre la juventud, considerando que ésta estaba creando en dicho país una cultura propia (Murdock y McCron, 1976, 11).

Ni las teorías marxistas ni las weberianas, centradas en las estructuras macrosociales de clase y estatus, analizaron el papel de los jóvenes, (Wallace y Jones, 1992, 6-7). Tendieron así a contribuir a una visión homogénea, estática o parcial de la juventud. Desde el funcionalismo parsoniano y las interpretaciones basadas en éste —dominantes en las ciencias sociales en las décadas centrales del siglo XX— se enfatizaron las funciones positivas de la juventud en la integración social (Parsons, 1942), aun manteniendo la idea de que era un periodo de tensión e inseguridad, que ya estaba presente en la obra de Hall, fue afianzada por las teorías de Sigmund Freud y dio lugar a aproximaciones psicossociológicas a los jóvenes.

El mismo Talcott Parsons daba a entender que su modelo de juventud se centraba en las clases medias urbanas, pero sus características fueron vistas como un modelo para toda la juventud y demostración del surgimiento, tras la Segunda Guerra Mundial, de una «cultura juvenil» separada y universal, que unía a todos los jóvenes en un modo de vida muy diferente —e incluso opuesto— al de los adultos, aunque ya el estudio patrocinado en 1937 por el gobierno norteamericano destacaba la ampliación geográfica del fenómeno juvenil, pero consideraba que la juventud no formaba un grupo particular en los países más atrasados, citando como ejemplos Nicaragua, Irán y Etiopía (Winslow, 1937, IX-XII).

Así, en las décadas centrales del siglo XX se consideró que las culturas juveniles podían hacer más fácil la transición al mundo adulto (Eisenstdat (1956), pero eran siempre una muestra de las tensiones existentes en las relaciones entre los jóvenes y sus mayores, por lo que eran, al igual que las protestas juveniles, resultado de situaciones de anomia, de falta de unas normas consistentes para dirigir la conducta, o muestra del fracaso del proceso de socialización. Esto llevó a aproximaciones neofreudianas que, basándose en el complejo de Edipo, analizaban el descontento

juvenil como generalización del resentimiento que la gente joven tenía hacia la autoridad ejercida por sus padres, convergiendo con las aproximaciones psicossociológicas de la adolescencia y la juventud, que fueron popularizadas por Erik Erikson: a partir de lo que definía como «psicopatologías del adolescente», consideraba esta etapa de la vida como un periodo de «crisis de identidad» que se caracterizaría «por la combinación de impulsividad y de disciplinada energía, de irracionalidad y de animosa capacidad», motivada por factores biológicos y psicológicos (Erikson, 1992, 210, 220 y 223).

Estas ideas se reflejaron en los primeros estudios sobre los movimientos juveniles, que incluían a la vez, como ejemplos de la «alienación de la juventud», las culturas juveniles, el crimen, las drogas y la protesta política (Milson, 1972, 45); se planteaban como objetivo del estudio de los movimientos estudiantiles mostrar los «componentes irracionales y autodestructivos» de su historia, «lo que permitiría vencerlos o superarlos al menos en parte» (Feuer, 1969, VIII); o incluían entre las características principales de los movimientos juveniles que creaban problemas de orden público.

Sin embargo, no hay pruebas que demuestren que más de una pequeña minoría de jóvenes sufra las psicopatologías que se asociaban a los jóvenes ni que las sufran más éstos que otros grupos de edad, y explicar la real o supuesta «alienación» y la movilización de los jóvenes por el complejo de Edipo, la tendencia de la juventud al radicalismo y al idealismo, o su psicopatología obvia que la movilización juvenil no es un fenómeno constante en la historia. Tampoco la idea de un «conflicto generacional» –como conflicto entre dos grupos de edad– encajaba con los estudios empíricos que se hacían ya en los años setenta y que mostraban un claro vínculo entre padres y activistas en Estados Unidos: los valores de los jóvenes solían coincidir con los de sus familias (Keniston, 1970, 269-270).

Este tipo de análisis conectaba con las teorías psicossociológicas sobre los conflictos sociales en auge en esos momentos, que abarcan un conjunto de autores que comparten como característica fundamental partir de variables socio-psicológicas relacionadas con expectativas, evaluaciones o comparaciones temporales que sólo pueden manifestarse dentro de los individuos (Graham y Gurr, 1969; Feierabend, Feierabend y Gurr, 1972). Asumiendo las teorías funcionalistas del equilibrio de la sociedad, para estos autores el conflicto solo podía ser «la situación insólita –por numerosa que sea– provocada por quienes no se ajustan a la estructura» (Murillo Ferrol, 1972): toda acción de protesta estaría determinada por el nivel de cólera individual, que estalla cuando los controles sociales se relajan o se debilitan, y se daba una importancia secundaria a las circunstancias económicas, políticas o culturales frente a los estados mentales de los individuos considerados individualmente (Aya, 1985, 30).

Ante el fracaso de estas aproximaciones para explicar la movilización juvenil, ya a partir de los años setenta del siglo XX se introdujo una perspectiva de clase

que destacó los valores compartidos con los adultos. Las teorías de la reproducción social y cultural pusieron el énfasis en la recreación de las estructuras de poder y las desigualdades sociales a través de los grupos de edad, como muestran las obras de Stuart Hall y Tony Jefferson (1976) o Geoff Mungham y Geoffrey Pearson (1976). Sin abandonar la perspectiva de edad, se buscaba examinar las relaciones entre clases y edades, haciendo regresar al primer plano en la investigación sobre los jóvenes a las estructuras sociales. Particularmente se buscaba analizar «las formas en que la edad actúa como una mediación de la clase», lo que se refleja en distribuciones específicas de oportunidades, ventajas y desventajas en el acceso de la gente joven a sus experiencias específicas, como la educación, el trabajo o el ocio. Así, las estrategias desarrolladas por la juventud dependen de la coyuntura histórica y están en una compleja interrelación con las de otros grupos de la misma o de otra edad, las demás divisiones sociales, las instituciones, los diferentes modelos culturales existentes en la sociedad y las variadas definiciones de la realidad social realizadas por los distintos actores colectivos (Murdock y McCron, 1976, p. 24).

A la vez que se producía esta evolución en el análisis de la temática juvenil, se fueron desarrollando, las teorías de los movimientos sociales, entendidas en sentido amplio (movilización de recursos, oportunidades políticas o construcción cultural de los movimientos sociales). Estas teorías se basan en el concepto de acción colectiva o protesta y parten de que ésta siempre tiene unos motivos que pueden ser explicados, más allá de la ira o frustración individual, aunque muchas veces no entren en el simplista cálculo de elección racional. Esto no implica que la cólera, la pasión, el odio o la maldad irracional no influyan, pero, por si solos, ni pueden producir ni explican las acciones de protesta. Se han definido así una serie de elementos que influyen en ellas y en la tipología de acciones posibles a los grupos: las organizaciones existentes, las oportunidades políticas, los recursos, tanto materiales como culturales, la disposición de los actores, que incluyen las definiciones compartidas de la realidad social o las experiencias previas, y las identidades colectivas.

Las protestas juveniles, al igual que las acciones colectivas en general, no suelen ser formas de conducta política constante, y más que de las características psicológicas de los jóvenes, su surgimiento y desarrollo depende de factores económicos, sociales, políticos y culturales, es decir, históricos.

Individualmente, el desarrollo evolutivo dependiente de la etapa de edad en que se encuentra inmerso un individuo influye en su participación en la protesta. Así, desde la psicología se ha destaca que hasta la adolescencia y la juventud no se desarrolla una valoración de lo comunitario y colectivo, y es cuando se empieza a ser capaz de entender y utilizar lenguajes abstractos, lo que permite una adscripción ideológica; o que hay en la juventud una mayor valoración de la opciones colectivas y las ideologías entendidas en sentido amplio –como explicaciones de carácter globalizador–, por la necesidad de construcción de un universo simbólico de definiciones e identidades que se realiza en dicha etapa evolutiva (Funes Rivas,

1995, 29-30 y 36). Estudios sobre Alemania en los años de la depresión de 1929, por ejemplo, han planteado que la gente joven en una situación de desempleo era menos tendente a caer en la pasividad política frente a sus mayores en la misma situación (Fischer, 1986). Se han destacado también características sociales y culturales ligadas a la edad juvenil, como la diferente posibilidad de tiempo libre, la distinta vulnerabilidad a represalias económicas y sociales o el grado de integración y de influencia en la sociedad (Opp, 1989, 181-182). Pero, por sí solas, estas características no explican por qué en un determinado momento histórico los jóvenes actúan y en otros no.

La juventud es, en muchos aspectos, una caja de resonancia de la situación social y refleja, en una forma más dramática, las luchas que se producen en la sociedad. Por esto, al igual que los movimientos sociales en general, las protestas juveniles suelen cobrar fuerza en periodos de crisis y/o cambio social y político. En esos momentos es cuando, si se dan las condiciones organizativas y sociales —en sentido amplio— adecuadas, es altamente probable la implicación efectiva de los jóvenes en la protesta, dado que sucesos históricos importantes, como una depresión económica o una guerra, afectan a todos los miembros de una sociedad, pero tienen un especial impacto en las actitudes políticas de los jóvenes que están en una etapa formativa del desarrollo de actitudes, conductas y conciencia políticas y que están buscando su lugar en la sociedad (Braungart, 1984, p. 4).

También son los jóvenes, menos habituados a las formas de protesta ya conocidas o tradicionales, uno de los grupos sociales que más puede influir en el desarrollo de nuevas formas de acción colectiva o en los cambios e innovaciones en las ya existentes —como muestra, por ejemplo, el papel fundamental de la juventud en la movilización paramilitar del periodo de entreguerras—. Pero los jóvenes también pueden aprender y adaptar las formas de protesta de los adultos: por ejemplo, en el caso británico, se ha planteado que las características principales de los primeros conflictos estudiantiles, como el amplio uso de piquetes de alumnos y marchas y manifestaciones callejeras, derivaban de las formas de acción colectiva del entonces emergente movimiento obrero (Humphries, 1981, 90 y ss.). Se ha destacado también que en muchos de los nuevos movimientos sociales se establece una situación de reciprocidad por la cual los miembros mayores moderan el radicalismo de los jóvenes y estos últimos contribuyen a abrir nuevos horizontes a la generación adulta (Johnston, Laraña y Gusfield, 1994, 33).

Así, no siempre los conflictos en los que participan los jóvenes tienen un carácter generacional, porque la juventud no forma un todo homogéneo, sino que refleja las divisiones económicas, sociales, políticas y culturales existentes en una sociedad. Estas divisiones y las circunstancias históricas distinguen, en muchos casos, a unos jóvenes de otros y los ponen en estrecha conexión con la gente mayor: la interacción entre los grupos de edad puede incluir no sólo el conflicto sino también la solidaridad entre ellos.

Como última consideración hay que insistir, por una parte, en que la delimitación y la definición de la juventud no ha dependido ni depende sólo ni principalmente de consideraciones biológicas y psicológicas, sino del desarrollo social, y, por otra, destacar que las aproximaciones teóricas a los jóvenes y a su movilización han evolucionado muy ligadas al papel de éstos en la sociedad y al desarrollo de los movimientos juveniles y en estrecha relación con las teorías predominantes en las ciencias sociales. Y ya parece claro que «la edad dorada de la juventud, con sus aspectos positivos y negativos, no comenzó en los años cincuenta, sino [...] en los treinta y primeros cuarenta» (Heilbrunner, 2008, 590).

NOTAS

1. Véase, por ejemplo, Davies, 1990, pp. 28-29.
2. Incluso en algunos casos, como el británico, algunos investigadores dudan de la preponderancia de los jóvenes en los charivaris. Un texto clásico en Thompson, 1995, un análisis del conjunto de Europa y de los estudios existentes en Fincardi, 2005, 29-61. Las actuales teorías de los movimientos sociales incluyen los charivaris en lo que llaman repertorio premoderno de movilización (véase, por ejemplo, Tilly, 1995, capítulos 1 y 8).
3. La legislación protectora que excluyó oficialmente a los niños del mercado laboral creó una demanda para su sustitución por jóvenes, que eran pagados como niños, en trabajos temporales y no cualificados. Así, en muchos casos, los jóvenes aprendices se utilizaban como mano de obra barata, pero sus puestos no tenían grandes posibilidades formativas. (Gillis, 1974, 61 y 122-123, Mitterauer, 1992, 125-129; Cohen, 1997, 215 y 220).
4. El carácter y la pervivencia de las formas tradicionales en la Francia rural se puede ver en Van Gennep, 1998 (or. 1943), 184-197.
5. En general, los trabajos asociados a las mujeres eran diferentes, y hasta más avanzada la contemporaneidad no necesitaban de una educación o formación particular: eran limpiadoras, cocineras, cuidadoras de niños o modistas. La segregación por sexos en la escuela se mantuvo durante muchas décadas y fue especialmente duradera en los países latinos y el acceso a estudios superiores y, así, a otro tipo de trabajos, fue también más tardío, por no hablar de largo periodo en que el llamado «sfragio universal» fue solamente masculino Mitterauer, 1992, 87, 130; y Wallace y Kovatcheva, 1998, 34-35 y 50.
6. Desde 1932, se publica en Estados Unidos *The Journal of Negro Education*.
7. En primer lugar, a través de los reformistas y las instituciones filantrópicas de la clase media que, con sus ideales de aislamiento, separación sexual e inocencia, estaban preocupados por la precocidad “antinatural” de los jóvenes de origen obrero, que consideraban un síntoma de delincuencia, como se ha destacado para el caso británico. Gillis, 1974, 75 y 125; Humphries, 1981, 88-89; Wallace y Kovatcheva, 1998, 51.
8. Todo esto hace también menos peligrosa la movilización estudiantil, a la vez que, aunque los movimientos estudiantiles pueden tener una función política directa, raramente pueden «controlar» un movimiento social amplio. Altbach, 1970a, 230, Braunghart, 1984, 16; Cepeda Adán, 1985, 6-7, de donde es la cita.
9. Tampoco tuvo éxito en España el modelo de la Juventud Obrera Cristiana (JOC) belga: se cifra en 2000 el número de jocosistas en 1933 (Sanz Fernández, 2001, p. 107).
10. Ambas organizaciones crearon sus equivalentes femeninos: en 1902, se formó la Girls' Life Brigade, y en 1910 se fundaron las Guirl Guides. La diferente concepción de la mujer joven se reflejó en el retraso con que se produjo su participación en organizaciones juveniles, que, además, inicialmente, y durante mucho tiempo en algunos casos, se realizó en organizaciones específicas
11. Influyó también que la segregación por géneros no era común en los grupos juveniles de los barrios populares y el control autoritario estaba lejos de las tradiciones de los niños y jóvenes obreros.
12. Sobre Francia, véase Guérin, 1997, y Kergomad y François, 1983.
13. GARCÍA, F., «El tema de la juventud», *Religión y Cultura*, abril-junio 1929, pp. 32-46, pp. 34 y 36.
14. *Espartaco*, Madrid, órgano de orientación marxista editado por las Juventudes Socialistas, septiembre de 1934, pp. 6-10, «Nuestra justificación teórica: las juventudes, en primer plano».
15. En la mayor predisposición de los jóvenes socialistas a realizar acciones conjuntas con los comunistas influiría también el que no habían participado, por una simple cuestión de edad, en los, en muchos casos, graves enfrentamientos producidos en los años 20 cuando surgieron los partidos comunistas.
16. Las primeras formulaciones críticas de estas visiones enfatizaron su carácter «clasista», pero se ha destacado que la psicología de la adolescencia, al igual que el funcionalismo parsoniano, marcaron una norma de conducta y apariencia juvenil universal, determinada biológica y psicológicamente, que no era sólo de clase media, sino también blanca, heterosexual y masculina. Win y White, 1997, 52-53; Cohen, 1997, 187-189.
17. E. Wight Bakke, «Roots and Soil of Student Activism», en Seymour M. Lipset, (ed.) (1967): *Student Politics*, New York, Basic Books, cit. en Braunghart, 1984, 58.
18. Para algunos investigadores, además, las relaciones de edad, al estar jurídicamente fijadas y garantizadas, son también instrumentos de poder y están modeladas por las relaciones de poder existentes en la sociedad. (Véase Win y White, 1997, 3-4).

19. Véase, por ejemplo, Della Porta y Diani, 1999; McAdam McCarthy y Zald, 1999, Oberschall, 1993, o Tarrow, 1994.
20. Todo esto lleva también a rechazar la posibilidad de considerar a la juventud como una nueva clase revolucionaria o vanguardia del cambio social, idea que surgió con la gran oleada de movimientos estudiantiles de los años sesenta del siglo XX, al coincidir ésta con la crisis de ideologías revolucionarias como el marxismo (Abrams, 1970, 179).

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMS, Philip (1970): «Rites de Passage. The Conflict of Generations in industrial Society», en Walter y MOSSE, George (Eds.): «Generations in Conflict», *Journal of Contemporary History*, vol. 5 (1).
- ACJF, ASSOCIATION CATHOLIQUE DE LA JEUNESSE FRANÇAISE (1964) : *Association Catholique de la Jeunesse Française, 1886-1956. Signification d'une crise. Analyse et Documents*, París, Éditions de l'Épi.
- ALBA, Víctor (1979): *Historia Social de la Juventud*, Barcelona, Plaza y Janés.
- ALBERTINI, Georges (1943): «Un grand Ministère de la Jeunesse», en SILLY, Ronald et ALBERTINI, Georges: *Pour sauver notre avenir*, París, Editions des Jeunesses Nationales-Populaires, pp. 11-32.
- ALTBACH, Philip G. (1970a): «Students and Politics», en GUSFIELD, Joseph R. (ed.) (1970): *Protest, Reform, and Revolt: A Reader in Social Movements*, Nueva York, John Wiley & Sons Inc., pp. 225-24.
- (1970b): «The International Student Movement», en LAQUEUR, Walter y MOSSE, George L. (Eds.) (1970): «Generations in Conflict», op. cit., pp. 156-174.
- ARIÈS, Philippe (1987): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.
- AYA, Rod (1985): «Reconsideración de las teorías de la revolución», *Zona Abierta*, n.º 36-37, pp. 1-80.
- BAUBEROT, Arnaud (2007): «Los movimientos juveniles en la Francia de entreguerras», en SOUTO KUSTRÍN, SANDRA (Coord.): «Ser joven en la Europa de entreguerras. Política, cultura y movilización», *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVII, n.º 225, pp. 21-42.
- BERSTEIN, Serge (1980): *Histoire du Parti Radical. La Recherche de l'âge d'or, 1919-1926*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- BIANCHI, Bruna y FINCARDI, Marco (2001): «Giovani e ordine sociale. Miti e ruoli, in Europa e in Italia, tra XIX e XX secolo», *Storia e problemi contemporanei*, n.º 27, pp. 7-33.
- BRAUNGART, Richard G. (1984) : «Historical and Generational Patterns of Youth Movements: A Global Perspective», *Comparative Social Research*, vol. VII, pp. 3-62.
- CEPEDA ADÁN, José (1985): *Los movimientos estudiantiles*, Madrid, Artes Gráficas Municipales.
- CHALINE, Nadine-Josette, DEMIER, Francis y LE BEGUEC, Gilles (1992) : «Jeunesse et Mouvements de Jeunesse en France aux XIXe et XXe siècles. Influence sur l'évolution de la société française», en COLTON, Joël et alii (1992) : *La jeunesse et ses mouvements...*, op.cit., pp. 95-116
- COLTON, Joël (1992): «Définition de la Jeunesse et des Mouvements de Jeunesse. La Jeunesse et la paix» en Íbid, *La jeunesse et ses mouvements. Influence sur l'évolution des sociétés aux XIXe et XXe siècles*, París, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, pp. 3-14.

- COHEN, Phil (1997): «Rethinking the Youth Question», en *Ibid.*, *Rethinking the youth question: education, labour and cultural studies*, Houndmills-Basingstoke, Hampshire y Londres, Macmillan, pp. 179-249.
- COUTROT, Aline (1970): «Youth Movements in France in the 1930's», en Walter y MOSSE, George (Eds.): «Generations in Conflict», op. cit., pp. 23-35.
- CRUBELLIER, Maurice (1979): *L'enfance et la jeunesse dans la société française, 1800-1950*, París, Armand Colin.
- DAVIS, John (1990): *Youth and the Condition of Britain. Images of Adolescent Conflict*, Londres and Atlantic Highlands, New Jersey, The Athlone Press.
- DAVIS, Natalie Zemon (1971): «The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth Century France», *Past and Present*, n.º 50, pp. 41-75.
- DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario (1999): *Social Movements. An Introduction*, Oxford, Blackwell.
- EISENSTADT, Samuel Noah (1956): *From generation to generation. Age Groups and Social Structure*, Glencoe (Illinois), Free Press.
- ERIKSON, Erik (1992, or. 1968): *Identidad. Juventud y crisis*, Madrid, Taurus.
- FEIERABEND, I. K., FEIERABEND, R. L. y GURR, T. R. (1972): *Anger, Violence and Politics. Theories and Research*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall Inc.
- FEUER, Lewis Samuel (1969): *The Conflict of generations. The Character and Significance of Student Movements*, Londres, Heinemann.
- FINCARDI, Marco (2005): *Derisioni notturne. Racconti di serenate alla rovescia, Santa Maria Capua Vetere*, Ediciones Espartaco.
- FISCHER, Conan J. (1986): «Unemployment and left-wing radicalism at the end of the Weimar Republic», en STACHURA, Peter (ed), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Londres, MacMillan, pp. 209-225.
- FULLANA, Pere y MONTERO, Feliciano (2003-2004): «Los modelos educativos juveniles del movimiento católico en España», *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 22-23, pp. 33-51.
- FUNES RIVAS, María Jesús (1995): «Ciclo vital y acción colectiva», *Revista Internacional de Sociología*, n.º 12, pp. 29-54.
- GALLAND, Olivier (2007): *Sociologie de la jeunesse. L'entrée dans la vie*, París, Armand Colin (4ª ed).
- GILLIS, John R. (1974): *Youth and History. Tradition and change in European Age Relations 1770-Present*, New York-San Francisco-London, Academic Press.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y SOUTO KUSTRÍN, Sandra (2007): «De la Dictadura a la República: orígenes y auge de los movimientos juveniles en España», en SOUTO KUSTRÍN, Sandra (coord.) (2007): «Ser joven...», op. cit., pp. 73-102.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Montserrat (1999): «Los tribunales para niños. Creación y desarrollo», *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 18, pp. 111-125.
- GRAHAM, H. D. y GURR, T. R. (1969): *Violence in America. Historical and Comparative Perspectives. A Report to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence*, Washington D.C., U.S. Government Printing Office, 2 vol.
- GUÉRIN, Christian (1997): *L'utopie. Scouts de France. Histoire d'une identité collective catholique et sociale, 1920-1995*, París, Fayard.
- HALL, Granville Stanley (1904): *Adolescence: its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*, Londres, Sidney Appleton.

- HALL, Stuart y JEFFERSON, Tony, (Eds.) (1996): *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, London, Hutchinson & Co. Publishers.
- HARANG, Charles-Edouard (2002): «Les Jamborees en Europe, 1920-1945», en Cholvy, Gerald (ed.): *Le Scoutisme. Un mouvement d'Éducation au XXe siècle. Dimensions internationales*, Montpellier, Publications Montpellier 3-Université Paul Valery, pp. 43-55.
- HEILBRONNER, Oded (2008): «From a Culture for Youth to a Culture of Youth: Recent Trends in the Historiography of Western Youth Cultures», *Contemporary European History*, vol. 17, n.º 4, pp. 575-591.
- HOLZNER, Burkart (1962): «Institutional Change, Social Stratification, and the Direction of Youth Movements», *Journal of Educational Sociology*, vol. 36, n.º 2, pp. 49-56.
- HORN, Gerd-Rainer (1996): *European Socialists respond to Fascism. Ideology, Activism and Contingency in the 1930's*. Nueva York-Oxford, Oxford University Press.
- HUMPHRIES, Stephen (1981): *Hooligans or Rebels? An Oral History of Working-Class Childhood and Youth, 1889-1939*, Oxford, Basil Blackwell.
- JAURÈS, Jean (1944 (or. 1903) : *Discours à la jeunesse*, París, Editions de la Liberté, 1944.
- JOHNSTON, Hank, LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (1994): «Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (Eds.): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 3-42.
- KATER, Michael H. (2004): *Hitler Youth*, Cambridge, Mass.-Londres, UK, Harvard University Press.
- KENISTON, Kenneth (1970): «Las dos revoluciones de la juventud contemporánea», *Revista de Occidente*, n.º 87, pp. 265-289.
- KERGOMAD, Pierre y FRANÇOIS, Pierre (1983): *Les Éclaireurs de France. De 1911 à 1951*, Clancy, Éclaireuses et Éclaireurs de France.
- KORALKA, Jiri (1992): «Spontaneity and Organization in Czech Youth Movements, 1848-1938/39», en COLTON, Joël et alii, *La jeunesse et ses mouvements...*, op. cit., pp. 217-229.
- KROPOTKIN, Peter (1907 (or. 1884): *An appeal to the Young*, Londres, The Twentieth Century Press, Ltd.
- KUNZER, E. J. (1938): «The Youth of Nazi German», *Journal of Educational Sociology*, 11/ 6, pp. 342-350.
- LEDESMA RAMOS, Ramiro (1968, or. 1935): «Discurso a las juventudes de España», en Íbid, *¿Fascismo en España? Discurso a las juventudes de España* (estudio preliminar de Santiago Montero Díaz), Barcelona, Ariel, pp. 207-266.
- MANNHEIM, Karl: «El problema de las generaciones» (1993, or. 1928): *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 62, pp. 193-242.
- McADAM, Dough, McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (Eds.) (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo.
- McCARTHY, Margaret (1953): *Generation in Revolt*, Londres, William Heineman Ltd., 1953.
- MEAD, Margaret (1928): *Coming of age in Samoa. A psychological study of primitive youth for western civilisation*, Nueva York, W. Morrow & Company.
- MILLER, J. Hillis (1936): «Youth and the Future. A Proposed Youth Movement in the College», *The Journal of Higher Education*, vol. 7, n.º 5 (mayo de 1936), pp. 249-256.
- MILSON, Fred (1972): *Youth in a changing society*, Londres y Boston, Routledge & Kegan Paul.
- MITTERAUER, Michael (1992): *A history of youth*, Oxford, Basil Blackwell.

- MITTERAUER, Michael y SIEDER, Reinhard (1982): *The European Family. Patriarchy to Partnership from the Middle Ages to the Present*, Oxford, Basil Blackwell.
- MOSSE, George L. (1998): *The images of Man. The Creation of Modern Masculinity*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1998.
- MOULINIER, Pierre (2002): *La naissance de l'étudiant moderne (XIXe siècle)*, París, Belin.
- MUNGHAM, Geoff y PEARSON, Geoff (eds.) (1976): *Working class youth culture*, Londres, Henley-on-Thames y Boston, Routledge y Kegan Paul.
- MURDOCK, Graham y MCCRON, Robin (1976): «Youth and Class: The career of a confusion», en MUNGHAM, Geoff y PEARSON, Geoff (eds.): *Working class youth culture*, op. cit., pp. 10-26.
- MURILLO FERROL, Francisco (1972): «La teoría sociológica del conflicto y de la revolución», en *Ibid* (1972): *Estudios de Sociología Política*, Madrid, Tecnos, pp. 96-127.
- NEUMANN, Sigmund (1939): «The Conflict of Generations in Contemporary Europe: From Versailles to Munich», *Vital Speeches of the Day*, vol V., n.º 20 (1/8/1939), pp. 623-628.
- OBERSCHALL, Anthony (1993): *Social Movements, Ideologies, Interests and Identities*, New Brunswick (USA) and London (UK), Transaction Publishers.
- OPP, Karl-Dieter (1989): *The rationality of Political Protest. A Comparative Analysis of Rational Choice theory*, Boulder, San Francisco y Londres, Westview Press.
- ORTEGA Y GASSET, José (1965): *En torno a Galileo. Esquema de la crisis*, Madrid, Espasa Calpe.
- PARSONS, Talcott (1942): «Age and sex in the Social Structure of the United States», en *American Sociological Review*, vol. 7, n.º 5, pp. 604-616.
- PIERRARD, Pierre, LAUNAY, Michel, y TREMPÉ, Rolande (1984): *La J.O.C. Regards d'historiens*, París, Les Éditions ouvrières.
- ROSENTHAL, Michael (1986): *The Character Factory: Baden-Powell and the origins of the Boy Scouts Movement*, Nueva York, Pantheon Books.
- SÁEZ MARÍN, Juan (1988): «Asociacionismo juvenil en España hasta 1936-39», *De Juventud*, n.º 7, pp. 37-57.
- SAMPER I TRIEDU, Genís (1987): *La Joventut fa Catalunya. 1900-1985. Aproximació a la història de les associacions de Joves*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- SANZ FERNÁNDEZ, Florentino (2001): «La Juventud Obrera Cristiana: un movimiento educativo popular», *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 20, pp. 95-115.
- SMITH, Steven R. (1973): «The London Apprentices as Seventeenth Century Adolescents», *Past and Present*, n.º 61, pp. 149-161.
- SOUTO KISTRÍN, Sandra (2004a): «El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes»: Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. 34-1, pp. 179-215.
- (2004b): «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?» *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI.
- (2007a): «Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis», *Historia Actual Online*, n.º 13, pp. 171-192.
- (2007b): «La atracción de las Juventudes Socialistas por el PCE en el contexto europeo de los años treinta» en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (Coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Madrid-Oviedo, FIM-Universidad de Oviedo-Principado de Asturias-Fundación Juan Muñoz Zapico, 2 vol., vol. 1, pp. 113-127
- (2013): *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Valencia, Publicacions Universitat de València.

- (2016): «¿Dónde está la juventud de Europa?» Organizaciones juveniles de izquierda y república en perspectiva comparada», en MORENTE, Francisco, POMÉS, Jordi, y PUIGSECH, Josep (eds.), *La rabia y la idea: política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 289-316.
- (2017): «Jóvenes, marxistas y revolucionarios», en ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y DEL REY REGUILLO, Fernando (eds.) (2017), *Políticas del odio. Violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras*, Madrid, Tecnos, pp. 115-165.
- (2018): «Jóvenes y pánicos morales en el periodo de entreguerras: el caso español en el contexto europeo», FAVERO, Bettina y BARTOLUCCI, Mónica (coords.) (2018): «Historia de la juventud en el siglo XX: aportes metodológicos e historiográficos para su estudio», *Pasado abierto*, vol. 4, n.º 7, pp. 9-33.
- SPRANGER, Eduard (1966, or. 1929): *Psicología de la edad juvenil*, Madrid, Revista de Occidente.
- SPRINGHALL, John (1971): «The Boy Scouts, Class and Militarism in Relation to British Youth Movements, 1908-1930», *International Review of Social History*, n.º 16, pp. 125-158.
- (1987): «Baden-Powell and the Scout Movement before 1920: Citizen Training or Soldiers of the Future?», *The English Historical Review*, vol. 102, n.º 405, pp. 934-942
- SPRINGHALL, John, FRASER, Brian y HOARE, Michael (1983): *Sure & Steadfast. A History of the Boys' Brigade, 1883 to 1983*, Londres y Glasgow, Collins.
- TARROW, Sidney (1994): *Power in movement. Social movements, collective action and politics*, New York, Cambridge University Press.
- TÉTARD, Françoise (1986): «Jeunesse: sujet ou objet de politiques? La dimension politique de la jeunesse en France, de la première a la deuxième guerre mondiale», en DOWE, Dieter (Ed.), *Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert. Deutschland, England, Frankreich und Italien im Vergleich*, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, pp. 179-188.
- THOMPSON, Edward P. (1995): «La cencerrada», en Idem, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 521-594 (or. Annales ESC, 1971).
- THRASHER, Frederick Milton (1927): *The Gang: a study of 1313 gangs in Chicago*, Chicago (Illinois), The University of Chicago Press.
- TILLY, Charles (1995): *Popular contention in Great Britain (1758-1834)*, Cambridge (Massachusetts)-London (England), Harvard University Press.
- VAN GENNEP, Arnold (1998, or. 1943): *Le Folklore Français. Du Berceau à la tombe. Cycles de carnaval-carême et de pâques*, París, Robert Laffont.
- WALLACE, Claire y KOVATCHEVA, Sijka (1998): *Youth in Society. The Construction and Deconstruction of youth in East and Western Europe*, Basingstoke, MacMillan.
- WALLACE, Claire y JONES, Gill (1992): *Youth, family, and citizenship, Buckingham (Filadelfia) y Bristol (EEUU)*, Open University Press.
- WEBB, Maurice (1935): *Youth for socialism!: handbook on the organisation of the Labour Party League of Youth*, Londres, Labour Publications Dept.
- WIN, Johanna y WHITE, Robert (1997): *Rethinking Youth*, Londres, Sage Publications.
- WINSLOW, Walter Thacher (1937): *Youth. A World Problem. A Study in World Perspective of Youth Conditions, Movements and programs*, Washington, Government Printing Office

RESUMEN

El objetivo de este artículo es estudiar el surgimiento de las organizaciones y movimientos juveniles y los factores y teorías que han intentado explicar la acción juvenil. Se parte de la evolución histórica que permitió la conformación de la juventud como grupo social, para después tratar el surgimiento de diferentes tipos de organizaciones juveniles. A partir del ejemplo de la movilización juvenil del periodo de entreguerras se explica el papel que pueden jugar los movimientos juveniles para concluir analizando las teorías que han intentado explicar la movilización de la juventud.

Palabras clave: juventud, movimientos juveniles, protesta política

LABURPENA

Artikulu honen helburua gazte erakunde eta mugimenduen sorrera eta gazteen ekintza azaltzen duten faktoreak eta teoriak aztertzea da. Gazteria talde sozial gisa eratu zuen bilkaera historikoa da abiapuntua eta ondoren, gazte erakunde mota ezberdinen sorrera azaltzen da. Gerra arteko garaiko gazte-mobilizazioa adibidetzat hartuta, gazte mugimenduen eginkizuna zein izan daitekeen planteatzen da, ondorioak gazteen mobilizazioa azaltzen saiatu diren teoriekin lotzen direlarik.

Hitz gakoak: gazteria, gazte mugimenduak, protesta politikoa

ABSTRACT

The objective of this article is to study the emergence of youth organizations and movements and the factors and theories that have tried to explain youth action. The historical evolution that allowed the conformation of youth as a social group is addressed, to later deal with the emergence of different types of youth organizations. From the example of the youth mobilization of the interwar period, the role that youth movements can play is explained to conclude by analyzing the theories that have tried to explain the mobilization of youth.

Keywords: youth, youth movements, political protest.